
El cardenal John Henry Newman y su pensamiento universitario

*Alfonso Borrero C., S.J.**

1. BREVE HISTORIA DE DOS CONVERSIONES. EL MOVIMIENTO DE OXFORD

Quiso vivir hasta el término de su existencia bajo el abrigo gótico del Oriel College, ventana cautelosamente abierta a cruzadas corrientes oxonianas de opinión política y eclesial desde el temprano siglo XIX.

Hijo [1801] de una familia evangélica anglicana honesta y devota, llega a Oxford [1817] con el bagaje intelectual de sus primeros estudios en el Trinity. En 1824 fue ordenado para el ministerio en la Iglesia de Inglaterra y muy luego promovido [1828] al vicariato de St. Mary's, la Iglesia de Oxford University en cuyo púlpito pronuncia, entre 1826 y 1834, los Sermones Universitarios que en sus textos unen reflexiones entre la fe y la razón natural, y guardan latentes las trazas iniciales de su futura conversión a la Iglesia de Roma.

¿Cómo venía tejiéndose el árduo trayecto espiritual y religioso que desde la eternidad Dios le tuvo dispuesto a John Henry Newman? Un aire fresco estimulaba en Oxford los movimientos ideológicos, condensados desde 1820 en las *Societies*. Más que, por entonces, en Cambridge; esto es de admirar si se recuerda que el cimiento de sus claustros fue excavado por las manos y mentes de la rebelde

* Investigador de temas educativos y universitarios. Director del Simposio Permanente sobre la Universidad.

migración de maestros y estudiantes que en 1209 le buscaron un clima grato a la libertad del pensamiento. Ahora Oxford se abría propicia al discurso sobre los derechos ciudadanos y a la libertad de conciencia religiosa donde halló cabida la mente inquieta del joven clérigo que en su adolescencia fue azotado por una crisis temprana de fe: la lectura de librepensadores del siglo XVIII le indujo a optar por la cómoda postura sensiblera del evangelismo escaso o carente de fundamento dogmático: «ser devoto pero no religioso» le bastaría para serle fiel a su educación familiar. Pero insatisfecho, la realidad imponente de Dios revelado en la persona de Cristo le causó a Newman su «primera conversión».

En 1833, John Henry Newman, el teólogo anglicano amante de la música y las matemáticas, con otros amigos y clérigos de Oxford: Pusey, Froyde, Keble, Palmer..., inicia la edición de los *Tracts for the Times* u opúsculos dogmáticos [1833-1841] para los tiempos que entonces se vivían. Los *Tracts* en gran manera se orientaban a liberar la Iglesia anglicana de la nociva intrusión oficial del Estado, impuesta desde la disolvente época de Enrique VIII. ¿Pretendíase acaso, siglos más tarde, hacer más católica la Iglesia inglesa y más inglesa la Iglesia católica?

— Fue el *Tractarian Movement* o Movimiento de Oxford, por algunos también denominado *Puseyism*, cuyas aguas provenían de recientes ideas y mociones de 1827. El primer *Tract* u opúsculo impugna el tono racionalista e irreligioso de la juventud oxoniana, empírico, muelle y sentimentalista, y encarnado bajo una transparencia puritana y frágil. Se unió Newman al debate desde sus propias actitudes contra el nacionalismo eclesial inglés, porque añoraba los valores y significados apostólicos de la auténtica Iglesia de Cristo, basada en la firme autoridad del orden sacerdotal, tan débil en Inglaterra por la intromisión político-religiosa. A muchos les sonó como antiprotestante el anglicanismo de Newman, y más al hacer él explícita su veneración por la Italia del siglo XV denominada, con tono despectivo, la Edad Media -*insignificantemedia aetas, media tempestas*- y sus añoranzas de la Iglesia universal del cristianismo inglés en los siglos de Beda [673-735], doctor de la Iglesia, y del rey san Eduardo [1042-1066]. Quería Newman, dialogante en el polifacético círculo victoriano de agrios enemigos de la iglesia antigua, aclarar la distinción entre los principios sobrenaturales de la religión y los fundados en la razón natural, confusos en el protestantismo liberal. Es el Newman que desde 1837 y en el Movimiento de Oxford hizo honda amistad con el prelado anglicano Henry Edward Manning, convertido al catolicismo en 1851, con el Cardenal Nicholas Patrick Wiseman, y lector de la obra del dominico Lacordaire.

Newman se consideraba un anglicano de sanas intenciones. Pero el contenido del último *Tract*, el número 90 [1841] por él escrito, demostró con gran revuelo que el *fellow* de Oxford estaba más cercano a la Iglesia católica, apostólica y romana. Sin ambages afirma Newman que los treinta y nueve artículos de la Iglesia anglicana no se oponían plenamente al dogma católico y que le era lícito al clero de la Iglesia de Inglaterra creer en muchos elementos asociados al Catolicismo romano, sin serle infieles a la tradición anglicana.

El escándalo estalla. Las autoridades de la Universidad de Oxford apresuran la condena del *Tract 90*. De tiempo atrás la figura de Newman les resultaba incómoda por su alianza con los *dissenters* opuestos al exclusivismo anglicano en los cupos y posiciones universitarias. También los obispos anglicanos lo condenarían durante los años subsiguientes. Renuncia Newman en 1843 al púlpito de St. Mary's. Olvidado por el círculo intelectual de sus añejas amistades, se aleja nostálgico del Oriel de su vida y de sus sueños. «Ahora parezco -anota con amarga ironía en sus Memorias- la bestia salvaje izada como trofeo en el brazo del cazador». En octubre de 1845 toca a las puertas de la Iglesia Católica. Es su «segunda conversión», coincidente con su obra *An Essay on the Development of Christian Doctrine*. Después de estudiar en Roma y ser ordenado sacerdote en 1847, retorna a Inglaterra e introduce [1847] el Oratorio de San Felipe Neri, establecido al año siguiente en Birmingham. En 1864 responderá con la *Apologia pro Vita Sua* los ataques del clérigo anglicano Charles Kingsley. El Papa León XIII exalta a John Henry Newman a la dignidad cardenalicia en 1879.

2. PENSAMIENTO Y FE A TODA PRUEBA

Ian Kerr, biógrafo de Newman, nos trae esta historia: «En 1845, el político británico Robert Peel, amigo de conciliar situaciones religiosas en Irlanda, propuso crear la Queens University of Ireland como contraparte del Anglican Trinity College de Dublin, pero algunos obispos prefirieron crear la Catholic University sobre el modelo de la belga de Lovaina. Para el efecto se constituyó un Comité [1850] que la concebiría y organizaría. En 1851, Paul Cullen, arzobispo de Armagh, escribió a Newman pidiéndole consejos con la sugerencia de dictar unas conferencias sobre educación. Respondió Newman un tanto reticente, pero entusiasmado al mismo tiempo por la nueva institución: - 'Será la Universidad Católica de lengua inglesa para todo el mundo'»¹.

1. KER, IAN, *John Henry Newman. A Biography*, Oxford University Press, 1990.

La tarea no era fácil

Al *fellow* que lo fue de Oxford, Irlanda le era muy poco familiar; y no había sido de su agrado el nacionalismo religioso estimulado por O'Connell. Supo con antelación de algunos partidarios de la idea de Peel, de otros afectos al enfoque interconfesional dispensado por el Anglican Trinity de reconocido prestigio, y de la mínima mayoría de un voto en el Sínodo de Thurles [1850] a favor de la Catholic University. Él mismo, Newman, había propuesto establecer un Catholic College vecino a Oxford. ¿Sería semejante la nueva institución o algo que llegara a ser equiparable a Oxford y Cambridge? ¿Para qué clase social? El sistema sociológico de Irlanda era bien diferente del inglés ¿Qué papel jugaría la Iglesia en la Universidad? «Al escribir -le confesó a un amigo- interrumpí muchas veces, casi incapaz de acertar en el tema. Durante días me senté al escritorio desde la mañana para dejar de lado como inútil lo escrito en el día». ¿Cómo ganarse y convencer a los irlandeses?

Tacto firme y prudencia le fueron necesarios al invitado para romper el hielo. Lo hizo en lunes sucesivos entre el 10 de marzo y el 7 de junio de 1852 ante la expectante audiencia de unas cuatrocientas personas, *fellows* del Trinity, clérigos, jesuitas...: «El punto de vista de una Universidad en estos Discursos es el siguiente: -Que es un lugar para 'enseñar' el 'conocimiento' universal. Esto implica que su objeto es, de una parte, intelectual, no moral; y, de otra, que se trata de difundir y extender el conocimiento más que de hacerlo progresar. Si su objeto fuera el descubrimiento científico y filosófico, no veo por qué la Universidad deba tener estudiantes; sin la formación religiosa, tampoco veo que pueda ser sede de las letras y las ciencias».

Así rezan las primeras tajantes sentencias del Prefacio, que prosigue: «Tal es la Universidad en su 'esencia' e independientemente de su relación con la Iglesia. Pero, en la práctica, la Universidad no puede cumplir debidamente su objetivo, tal como lo describo, sin la asistencia de la Iglesia, o, en términos teológicos, la Iglesia le es necesaria a la Universidad para su 'integridad'. No que sus principales características hayan cambiado por esta incorporación. La Universidad mantiene aún su oficio de educación intelectual; pero la Iglesia la estabiliza en el desempeño de este oficio».

Sabía Newman que si había sido llamado por católicos, «a católicos estaban primordialmente dirigidas sus palabras». Mas prevé que al aventurar ideas sobre «tan amplio e importante campo del pensamiento» podría no ser entendido y aun ser víctima de interpretaciones poco fieles. «Por ejemplo [...] la queja de estar

siguiendo servilmente la idea inglesa de Universidad», por afecto quizás a la «producción de esa anticuada variedad de la naturaleza humana y ese remanente del feudalismo, como otros lo consideran, llamado ‘un gentleman’».

No, responde Newman: Pío IX le ha sugerido [1840] a la Jerarquía irlandesa crear la *Catholic University*, no por el ingenio y la belleza de la verdad científica sino por el estudiante, objeto de la enseñanza. Más: aun tratándose de la Verdad Revelada, lo que hace el entendimiento en los campos de la política, del arte o de la ciencia, lo realiza por causa de la relación con Dios, la religión. La Santa Sede se alegra de la educación intelectual por saber que la verdad es su aliada como lo es de profesión, y que el conocimiento y la razón son seguros ministros de la fe.

Es innegable que cuando la Santa Sede le insinúa a la Jerarquía irlandesa el establecimiento de una Universidad Católica, su «objetivo primero, principal y directo, no son la ciencia, el arte, la destreza profesional, la literatura, el descubrimiento del saber o tal cual otro beneficio acrecentable por sus hijos mediante las letras y las ciencias; tampoco su formación de acuerdo con algún modelo estrecho o fantasioso, por ejemplo, ése quizás del denominado ‘english gentleman’; sino el ejercicio y crecimiento en ciertos hábitos, morales e intelectuales. A nada menos que a este fin podría aspirar quien llegue a ser Sucesor de los Apóstoles, capaz de decir con San Pablo: ‘...pues no me precio de saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado’».

Y aun tratándose de formar al *gentleman*, con la educación del entendimiento, la Iglesia desea algo más que «proteger simplemente los intereses y el avance en los dominios de la ciencia». Si este propósito educativo lo alcanzan las instituciones protestantes, por qué no lo puede procurar la Iglesia en beneficio de los católicos que también desean y deben «estar a la par en disciplina y refinamiento intelectual?»

«Cuáles son esos beneficios. Reitero que estos consisten, para decirlo en una palabra, en la cultura de la inteligencia. Despojados, oprimidos y dejados a la zaga, por siglos los católicos en estas islas no han estado en condiciones de intentar la forma educativa necesaria al hombre de mundo, al estadista, al terrateniente o al opulento gentleman. Las posiciones, deberes, empleos legítimos, les han sido arrebatados y, al mismo tiempo, las cualificaciones sociales e intelectuales que son necesarias para compensar la confiscación de derechos y reversar la situación. Ha llegado el momento de remover la impotencia. Nuestro *desideratum* no son las maneras, y hábitos del gentleman; -estas pueden ser y son logradas por diferentes

modos en el medio social, en viajes al exterior; por la innata gracia y dignidad de la mente católica. Pero la estabilidad, los alcances y la versatilidad del entendimiento, el comando sobre nuestras facultades, el sano juicio instintivo sobre las cosas que nos rodean, son ciertamente un don natural, pero no se ganan sin el esfuerzo y el ejercicio de muchos años».

«Esto trae consigo la educación de la mente, sin negar de mi parte que en ella se incluyen las excelencias características de un gentleman. Ni hay reparo alguno en decir, como el poeta [Ovidio] desde tiempo atrás: ‘Que el estudio cuidadoso de las artes liberales morigera las costumbres’. Sin lugar a duda, la ‘liberal education’ se manifiesta en la cortesía, propiedad y pulimento de la palabra y la acción, que es bella y por todos aceptable. Pero ella produce algo más. Le da forma a la mente - porque la mente es desarrollable como el cuerpo.. ».

A diferencia de otros, «Cuando un entendimiento ha sido entrenado y formado desde siempre para ver y percibir el conjunto de las cosas, desplegará sus facultades con mayor o menor efecto de acuerdo con las cualidades y capacidades individuales. En la mayoría de los casos hará patentes el buen sentido, la sobriedad del pensamiento, la racionalidad, la sencillez, el dominio de sí mismo, la serenidad. En algunos desarrollará el hábito de los negocios, el poder de influir en los demás, la sagacidad. En otros suscitará el talento de la especulación filosófica, e impulsará la mente hacia la eminencia en éste o aquel compartimento intelectual. En todos habrá la facultad de ingresar con relativo alivio en cualquier ámbito del pensamiento. Y a todos los capacita para que, con facilidad, puedan con aptitud acogerse a alguna ciencia o profesión ».

Algunos me tildarán de «visionario». Pero mis sencillas palabras «conducen a considerar los ‘fines’ y ‘principios’ de la educación». Bástame entonces afirmar que «el primer paso en el entrenamiento intelectual es imprimir en la mente del niño la idea de la ciencia, del método, del orden, de los principios, y del sistema; de la regla y la excepción, de la riqueza y la armonía. De ordinario y con un modo excelente ésto se logra introduciendo al niño» a la gramática, las matemáticas, la cronología y la geografía «que son tan necesarias para leer la historia». «Después, a la composición métrica, cuando el niño lee poesía». «A fin de estimular sus facultades prácticas y prevenirlo de la recepción pasiva de imágenes e ideas que en tal caso se borran de la mente tan pronto como la cruzan, insístase en el hábito y método de situarlo en puntos concretos y que el educando haga su camino al andar -making his ground good as he goes-, distinguiendo lo que sabe de lo que no sabe.

Pienso, entonces, que de este modo se induce gradualmente al niño en las más amplias y certeras visiones y se sentirá impaciente y disgustado de tantas teorías desechables surgidas al azar, y que sólo producen mentes formadas a medias y entendimientos superficiales», alimentados y dominados por la ligereza y parcialidad de los medios periodísticos. La autoridad, anota, que en otros tiempos se alojaba en la Universidad, buscó residencia en dichos medios literarios. En lo religioso, los protestantes se conducirán a su arbitrio. En la Iglesia existe el Magisterio.

— En el Primer Discurso prosigue Newman refiriéndose a discrepancias habidas en Oxford durante los cinco últimos decenios, por la *exclusividad religiosa* de su proyecto educativo y la inutilidad de la *liberal education* en sus relaciones con la formación profesional. Relato breve que le da pie a Newman para advertir que sus palabras no son ocasionales: «han crecido dentro de mi pensamiento, y son, por así decirlo, parte de mí mismo». «Los principios que he de exponer ante ustedes bajo la autoridad de la Iglesia, fueron mi confesión en aquel temprano período de mi vida, en el que la religión había sido para mí más un asunto de sensibilidad y experiencia que de fe; esto me aprisionó hasta introducirme en los testimonios de la Cristiandad Antigua, y me aproximé con sentimientos y deseos al catolicismo. Desde cuando fui acogido bajo el palio de la Iglesia éstos se incrementaron con los eventos de cada año».

¿A qué venía esta profesión de fe en el Primer Discurso ante la audiencia católica de irlandeses? ¿Abrigarían reserva alguna por su condición de neoconverso? Para disiparla y afianzarlos en el propósito de crear la Universidad, afirma que, a diferencia de la Iglesia, los principios protestantes de la *liberal education* «no vienen simplemente de la teología; no implican discernimiento sobrenatural alguno, ni tienen especial nexo con la Revelación; surgen naturalmente como dictados por la prudencia humana y la sabiduría, aun en ausencia de la iluminación divina; se los reconoce por el sentido común aun en el caso de no estar éste urgido por interés alguno. Por lo tanto, aunque válidos, justos y buenos en sí mismos, no suponen nada de orden religioso para mantenerlos». «Los protestantes, por depender especialmente de medios humanos, los aprovechan al máximo». «El ‘Conocimiento’ es su ‘Poder’».

La Iglesia, en cambio, así desde antiguo haya apoyado y aclarado la verdad que enseña en autoridades externas a ella, la difunde fundada en la inspiración divina. Y ahora, con deseo autorizado, suscribe la conveniencia de crear la Universidad Católica de Irlanda.

Cabe en este momento del presente ensayo tomar nota de dos expresiones de Newman que no deben pasar desapercibidas. Una, en el Prefacio cuando afirma que el tema de la Universidad y de la educación es un «amplio e importante campo del pensamiento». Otra en el Primer Discurso: «La educación universitaria es cuestión que en estos tiempos suscita muchas discusiones».

Esto es históricamente cierto. Ha transcurrido ya el siglo XVIII, el siglo de la pedagogía que fue cuna de grandes pedagogos. También el siglo de la historia, y de las mentes curiosas que se interesan por empezar a darle forma a la historia de las universidades. En lo político, entran al siglo XIX, plenamente conformados, los modernos Estados de Europa dispuestos a poner manos sobre el poder del saber encarnado en la Universidad como previsible sustento del poder político.

Desde el cuarto decenio del siglo y por tiempos del Bill of Rights que en 1832 les dio a las clases medias la representación parlamentaria más conforme a su importancia política, cuatro corrientes de opinión pública afectaron el rumbo secular de Oxford y Cambridge: el utilitarismo, las ideas liberales, el entusiasmo por las ciencias de la naturaleza y la educación religiosa del estudiante. De este espíritu libertario está naciendo, a mediados del siglo, el «godless», conjunto de la universidad londinense. Newman es testigo en sus Discursos del tan sonado conflicto de opiniones. Sabe también que en el continente, desaparecida del mapa intelectual la universidad francesa en 1793, Napoleón la restauró a su modo con la ley de 1808 para hacerla servidora de sus propósitos imperiales; y que, en respuesta, Federico III de Prusia había convocado talentos filosóficos que acuñaron en idealismo el sentido investigativo de la universidad alemana, condensado en la fundación de la Universidad de Berlín en 1810.

Nos sería fácil espigar autores que mirando cuesta abajo desde la altura final del siglo XIX y principios del XX, percibieron que en el trayecto decimonónico habían venido definiéndose estilos específicos, modelos o modos de ser universitarios, en mayor o menor sintonía con las tres *misiones y funciones* de la universidad de siempre: la educación de la *persona* por el ejercicio en *las artes y las ciencias*, para el *servicio* de la sociedad y el Estado, como bien nos lo precisa el maestro español Francisco Giner de los Ríos [1839-1915]: «Hay tres tipos de universidad: la inglesa, educadora; la alemana científica e investigadora, y la francesa, y a su copia la española, profesionalizadora». Paralelamente, según los autores, Estados Unidos combinaba la tradición educativa confesional de los Colonial y los Old Colleges

con el zumo científico e investigativo bebido en fuentes alemanas; y la Rusia de Catalina tuvo a bien combinar lo francés con lo germano.

Reitero en otra forma y para abundar acaso, los criterios distintivos pero no del todo separables de las tres tipologías universitarias según sea uno u otro el toque prioritario de las tres funciones y misiones traídas a cuento. En Inglaterra, la *liberal education* para moldear la inteligencia, tema del Prefacio y del Primer Discurso de Newman, incluida la formación del espíritu investigativo cuando en la *tutoría* el tutor le insinúa al estudiante el método para que haga su camino al andar y las acciones concluyentes en el gentleman a carta cabal, miembro de la sociedad y súbdito del Estado. En Alemania, mediante la unión de la educación, la docencia y la investigación en el seminario donde, según la expresión de Guillermo de Humboldt, «el maestro no está para el alumno ni el alumno para el maestro, porque ambos están para la ciencia». Y en Francia, la enseñanza, mediante la cátedra, en las *Grandes Écoles* profesionales y la investigación en las Academias especializadas.

Newman, gran lector e hijo de sus días, no pudo estar ajeno a este «amplio e importante campo de pensamiento» tejido en las «presentes discusiones sobre la *University Education*». De seguro que tuvo que haber leído el desplante de Federico Schleiermacher cuando despectivamente aludió a «esa opinión que reina en otro pueblo», el francés, refiriéndose al destino funcional de la investigación a sólo las Academias, precepto de la legislación napoleónica ya mencionada. En alguna forma Newman lo acoge en el Prefacio, quizás para crear algún espacio a su no muy asertivo agrado por la investigación como tarea universitaria obligante.

Complementemos esta digresión ilustrativa recordando que como fruto de las luchas de la Iglesia por la libertad de enseñanza en Francia, tras el ocaso napoleónico, se restaura la Universidad de Lovaina, primera semilla del movimiento moderno y contemporáneo de las Universidades Católicas. ¿Quizás sin presentirlo, Newman participó con sus Discursos en la primera siembra que ha prolongado frutos abundantes?

¿Lo inesperado?

El Comité irlandés quiso hacer de Newman el primer rector de la proyectada Catholic University. Donosamente dirá: «Me han dejado libre para hacerlo todo; ser al mismo tiempo *Chancellor, Rector, Provost, professor, tutor...*». El camino pareció despejarse más con la muerte del arzobispo Murray de Dublin, que había sido el mayor simpatizante de la idea propuesta por Peel.

Pero en 1857 Newman pensó en su renuncia: «Un rector debe ser más ostentoso que yo, para dar a entender que somos importantes. Esta es una necesidad sentida. Así lo percibo yo, pero es difícil hallar una persona que sea como lo sugiero y que, además, posea otras cualidades ineludibles. Debo asistir a comidas diariamente, y no lo hago; mezclarme con las sociedades literarias y hablar sobre negocios que yo ignoro; debo ser atento con los amigos. Si tuviera veinte años menos podría entregarle la totalidad de mi vida al rectorado. Como carezco de estas condiciones, será mejor pensar en personas que puedan suplirme...». Así nos lo consigna el biógrafo de Newman, Ian Kerr.

Sin embargo, las cosas sucedían en otra forma. Constituida la Universidad, el Cardenal Wiseman interpuso sus mejores oficios para que Newman fuera investido de la dignidad episcopal. El rumor se difundió hasta que la sensibilidad irlandesa llegó a sentirse herida. Voces de opinión contraria viajaron a Roma. Cullen prefería mantener a Newman bajo su gobierno episcopal. La prudencia le aconseja a Pío IX repensar su deseo pastoral, al tiempo que el 3 de junio de 1854 designa a Newman rector de la naciente institución que abriría sus puertas el 3 de noviembre.

Inmediatamente se enturbia el horizonte. Newman quiso a Wiseman como Canciller, pero topó con el veto del episcopado. Manning, previsto para Vicerrector, viajaba rumbo a Roma. Cullen ni se dignaba dar respuesta a la correspondencia del solitario rector que, para vencer la muda y sospechosa inercia de meses, emprendió la que años después intitulará *My Campaign in Ireland*. La Universidad, proclama sin enfado, no será de corte seminarístico. En ella, la teología, ciencia esencial del conjunto universitario, libre e investigativa como las letras, no podrá estar sometida a excesiva supervisión eclesiástica.

El acuerdo evangélico de la *ecclesia docens* y la *ecclesia quaerens* no parecía estar en la mente de Cullen. El 12 de noviembre de 1858 firmó Newman su renuncia rectoral definitiva, «siete años después de haberse embarcado en un propósito tan enojoso» según lo anotó en su diario.

3. PERSISTENCIA DE UN PENSAMIENTO UNIVERSITARIO

Comenta Cameron: «Se nos antoja cómico y triste a la vez el espectáculo de Newman, tan gentilmente delicado, el producto más exquisito del Tractarian Oxford, tratando de inculcarles a los católicos de Irlanda, obispos, gente culta, clase media, que la Universidad Católica no es un seminario para laicos regido por el

clero que sería siempre más sabio y mejor instruido que sus dependientes; ni una institución para ser juzgada por el poder para producir el mejoramiento material de la sociedad irlandesa [...]. No fue Dublin ni el lugar ni el momento para tal aventura [...]».

Vivió Newman retirado durante muchos años bajo la nube de la sospecha y la desconfianza hasta los días gloriosos de su ya mencionada Apología. Entre apremios la *Catholic University* subsistió unos cincuenta años hasta ser asimilada por la *Royal o National University of Ireland*, fundada en 1908.

—Suenan bien aunque un poco extraño que, pese al doloroso final, el padre Newman nos legara la más destacada obra maestra universitaria. Confiado en la invitación de Cullen, en 1852 había pronunciado en Dublin los cinco primeros Discursos. Los cuatro restantes no los expuso. Editados en separata y con otros escritos, los publica en conjunto como *Discourses on the Scope and Nature of University Education. Addressed to the Catholics of Dublin*. De rector produjo otros escritos universitarios para especiales ocasiones, diez de los cuales fueron dados a conocer en 1858 bajo el título comprensivo de *Lectures and Essays on University Subjects*. Un año después publica, revisado, *The Scope and Nature of University Education*, y en 1873 todo lo reúne en un solo volumen intitolado *The Idea of a University Defined and Illustrated; I. In Nine Discourses delivered to the Catholics of Dublin; II. In Occasional Lectures and Essays addressed to the Members of the Catholic University*; y más conocido popularmente como *The Idea of a University* que Newman continuaría refinando en su prosa polémica, oratoria, abundante y reiterativa, hasta la novena edición de 1889, año de la muerte del autor.

De esta obra dice Cameron: «[...] el libro de más influjo -supongo- escrito hasta ahora sobre educación universitaria»². Richards Aldrich, en *An Introduction to the History of Education*, sitúa a Newman entre los grandes educadores: Platón, Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás... «*The Idea of a University* se ha hecho un clásico de la cultura inglesa: clásico por la noble y bellísima prosa en que está escrito; clásico por la definición perdurable que da sobre el deber ser universitario». Concluida la Segunda Guerra mundial, en 1949 se reunieron en Cambridge muchos maestros universitarios. Los unía el llamamiento del *Students Christian Movement*

2. CAMERON, J.M., *On the Idea of a University*, Published in association with the University of St. Michael's College by the University of Toronto Press, 1979.

y del *Christian Frontier Council* para reestudiar la función del cristianismo en la Universidad. Sir Walter Moberly, entonces presidente del *Universities Grants Committee* de la Gran Bretaña, tomó bajo su responsabilidad e iniciativa personal, reunir en un libro y desde el enfoque cristiano, las opiniones y discusiones habidas en ambos eventos. Retoma Moberly la concepción universitaria que él denomina «*christian-hellenic*», y con fundamento en Newman le atribuye la crisis al excesivo acento científico depositado sobre la «*liberal education*» por encima de la importancia educativa de la expresión newmaniana. Énfasis equivocado que hace desear más la «*technological democracy*», causante en gran parte de los desasosiegos que se viven. Si es cristiana, la universidad debe volver sobre la persona, imagen de Dios y redimida por Cristo y, por lo tanto, a la educación en los valores cristianos, esperanza de la reconstrucción postbélica. Como Newman, destaca Moberly, el papel de la teología científica. *The Idea of a University*, lo reafirma Moberly, es «inimitable» porque «representa la contribución más característicamente inglesa sobre el contenido de la idea de una universidad», aunque no sea «específicamente católica»; y es importante entenderla y apreciarla aun sin ser del todo aplicable a situaciones distintas. Newman es «el teórico más grande de la vida de la Universidad [...]», afirma Jacques Barzum, y Eric Ashby: «Aunque la magnífica obra *The Idea of a University* se publicó en 1852, sus puntos de vista no representan la opinión común fuera de Oxford», pero la obra repercutió en el tiempo. Robert M. Hutchins alaba la elocuencia de Newman al defender la utilidad de la *liberal education*³.

El persistente éxito del libro llega a parecernos paradójico e irónico. ¡Si sus ideas y lenguaje universitario son tan distantes y diferentes de lo burocratizado y gerencialista que hoy se estila! ¿Quizás muchos prefieren acatar silenciosos el pensamiento educativo universitario de Newman y expresarse al exterior con la jerga que juzgan ser hoy de mejor recibo? ¿Por qué a Newman se lo cita hoy tanto, así algunos lo juzguen contradictorio, en puntos concretos, explicables por la ambigua situación en que Newman se movía? ¿Sentimos acaso que, desde lejos, Newman está hablando al oído de inquietudes corrientes y realidades universitarias?

— Retornemos al hilo de su pensamiento, válido para cualquier universidad que se precie de ser educadora, asido a la idea cardinal de la «*liberal education*». La retoma

3. BARZUM, JACQUES, *The American University*, Oxford University Press, 1969. ASHBY, ERIC, *The University in Trial. A symposium held on the occasion of the Centennial celebration of the University of Canterbury (New Zeland)*, Christchurch, New Zeland, 1973. MOBERLY, WALTERS, *The Crisis in the University*, SCM Press, 1051.

Newman en el Quinto Discurso, y afirma: «Una Universidad puede ser considerada en referencia a sus estudiantes o a los estudios. Y el todo del conocimiento y sus diferentes ciencias que he venido mencionando a propósito de los estudios, es igualmente importante cuando dirigimos nuestra atención al estudiante». «Pero todas las ramas del conocimiento se interconectan porque el conocimiento es uno al ser acto del Creador. De donde se sigue que las ciencias en las que se reparte el conocimiento, tienen entre sí múltiples relaciones e interna simpatía, y admiten y aun piden comparaciones y ajustes. Las ciencias se complementan, se corrigen, se equilibran».

Esta última idea, hoy precisada en el neologismo *interdisciplinarietà*, la valora Newman para dos fines: la «adquisición de la verdad, fin común de todas las ciencias»; y «la educación consistente en su estudio relacionado» que resulta en la «liberal education» formadora «del hábito mental que dura de por vida, y cuyos atributos son la libertad, la equidad, la serenidad, la moderación y la sabiduría». Del segundo fin deduce Newman la importancia de un amplio espectro de ciencias que responda mejor a su idea de Universidad, porque «así no le sea dado a cada quien dominar todos los campos del conocimiento, saldrá ganancioso de vivir entre aquellos que representan el círculo completo». Hoy, anotémoslo, se agrega el urgente fin de dar a la problemática social un estudio relacionado y una adecuada solución, pues mientras la Universidad abunda en ciencias y especialidades y en profesiones y entrenamientos dispares, la sociedad abunda en problemas complejos que requieren atención concertada en las universidades.

— Previene Newman el reclamo de quienes él denomina «pensadores prácticos». Por ellos se pregunta: ¿Qué beneficios reportan la adquisición unitaria y por tanto inteligente [el *nous* aristotélico] del conocimiento conducente a la sabiduría [*sophos*] para la vida real? ¿Acaso la «liberal education» lograda no «contradice el principio de la división del trabajo?» ¿Qué pasa con los objetivos prácticos? ¿Hacia dónde lleva y en qué concluye semejante cultivo de la mente? «¿Qué hace? ¿cuál es el beneficio? ¿qué promete?».

La respuesta de Newman gira en torno a varios modos de la «utilidad» del conocimiento. Que, así se lo entienda como ciencia, como filosofía o como la razón que lo alimenta, «es capaz de ser un fin en si mismo» y no sólo un instrumento. El conocimiento, «antes que ser una potencia o poder, es un bien» apetecible por sí mismo. En cuanto potencia actuada, acrecienta su excelencia propia y connatural,

lo cual es ya una forma de interna «utilidad» de la «liberal education». Como bien y potencia, se difunde y proyecta a lo externo. Si se trata de un beneficio interno, es un «conocimiento liberal» -«*liberal knowledge*»-; si se trata de un beneficio externo, se resuelve o proyecta «en un arte» o acción moral, o artística; o «termina en un proceso mecánico, de fruto tangible que bien puede retornar a la razón que le da forma, y se resuelve en filosofía».

En consecuencia, «hay dos métodos de la educación; el fin del uno es filosófico, del otro lo es el mecánico; aquél se alza hacia las ideas generales, el otro se agota en lo particular y externo». «Cuando yo hablo de conocimiento me refiero a algo intelectual, algo que abarca lo sensiblemente percibido, algo que comprende las cosas y ve más de cuanto los sentidos le aportan; que razona sobre lo que ve y, mientras ve, todo lo viste de idea. El conocimiento se expresa a sí mismo no en una mera enunciación, sino que reflexiona». En esto se funda la deseable dignidad del conocimiento que sobrepasa lo extrínseco y accidental; lo que se capta en un libro y luego se olvida. Es una iluminación aprehendida, un hábito, una posesión personal y riqueza interna. «Por tal motivo es más común y correcto hablar de la Universidad más como recinto de la educación, que de la instrucción» en tantas otras formas lograda. «Educación es palabra de mayor altura que implica acciones sobre nuestra mente y huella de un carácter; es algo individual y permanente, y, de ordinario anexo a la religión y a la virtud. Y si hablamos de la educación como comunicación del conocimiento, viene implícito que el conocimiento es un estado o condición de la mente, y que su cultivo merece ser actuado por sí mismo, llegando de nuevo a concluir que la palabra ‘liberal’ y la palabra ‘filosofía’ nos sugieren la existencia de un tesoro deseable por sí mismo, retribución merecida de años de trabajo, aunque de éste nada más derivara».

Ulteriores efectos de la «liberal education»

Deplora Newman la inexistencia en la lengua inglesa de palabras que como *health* -salud biológica- y *virtue* -virtud o sujeción a la ley moral-, precisen la idea de «*intellectual proficiency or perfection*», «*mental culture*» o «*mental health*». Hubiera querido registrar en una expresión verbal única los efectos ulteriores de la «liberal education» traducidos en lo que su *Idea of a University* entiende por «*learning*», que no es un «mere knowledge» o conocimiento a secas; en el «*professional knowledge*» o habilidad profesional, y en el «*religious knowledge*» o deber religioso.

— De lo primero trata específicamente en el Discurso VI porque «'prima facie' muchos consideran la Universidad más o menos como un lugar para adquirir conocimientos sobre variados temas», a veces reducidos a la retención memorística.

Esto sólo no constituye la educación, «palabra de mayor envergadura aun en universidades no necesariamente católicas». La verdadera educación «ilumina y engrandece el entendimiento»; no consiste en la «recepción pasiva de ideas hasta el momento desconocidas, sino en el acto mental enérgico y simultáneo referido a las nuevas ideas, hacia ellas y entre ellas. Es la acción de un poder que ordena las ideas y que a todo lo adquirido le da el significado de pertenencia propia o, para usar términos del lenguaje familiar, los asimila digestivamente a la substancia del estado previo de nuestros conocimientos». «El ensanche intelectual no se da sin comparar las ideas y sin sistematizarlas al tiempo de adquirirlas. Debemos sentir que nuestras mentes crecen y se expanden al aprender lo nuevo y referirlo a lo sabido. La iluminación no es la simple suma sino la locomoción, el movimiento interno y el centro mental sobre el cual gravita la masa de cuanto aprendemos integrado a lo ya aprendido». «Lo contrario equivaldría a la pretensión de percibir la alfombra de la vida humana por su confuso revés».

Entendido así el verdadero sentido de la educación intelectual, la Universidad corregirá sus yerros consabidos. Ella está llamada a ser un «medio educativo» donde «aun con prescindencia de consideraciones morales o religiosas, la comunidad juvenil constituya un todo, encarne una idea específica, represente una doctrina, administre un código de conducta y proporcione principios de pensamiento y acción». Una Universidad de este corte «es enseñanza viva que adquiere la forma de una perpetua tradición o '*genius loci*', como se dice con frecuencia», porque en ella ronda y encanta la «atmósfera ética» del lugar natal, y la «infunde en cada uno de cuantos se acogen bajo su sombra». A ésta Newman prefiere con audacia la universidad educadora a cualquier otra porque al ser ella «enseñanza viva» para el «cultivo de la inteligencia», «reconoce que el conocimiento es algo más que una suerte de recepción pasiva de fragmentos y detalles. Que es algo más y debe hacer más» de cuanto le sea factible «al estrenuo esfuerzo de un grupo de profesores incomunicados carentes de mutuas simpatías; o al grupo de examinadores desposeídos de opinión sobre lo que profesan, sin principios comunes; que enseñan y preguntan sin tener una filosofía de amarre sobre temas inconexos a un grupo juvenil individualmente desconocido; y esto tres veces a la semana, o tres al año, o una vez en tres, y en frías aulas con motivo de aniversarios pomposos».

En buena hora -comento- es verificable el empeño de modernas universidades por crear y mantener su peculiar cultura universitaria que en todos aliente el sentido de pertenencia institucional, para lo cual fomentan el clima acogedor de un Medio Universitario educativo que a su vez se aproxime a la expresión corriente de educación informal, asimilable ésta a la respiración espontánea, en contraste con la educación formal, equivalente en la metáfora a la respiración programada de los ejercicios gimnásticos.

— Del «*professional knowledge*» o pericia profesional se ocupa Newman en el Discurso VII, si bien en el V, como arriba lo referimos, se anticipa a objeciones de los «pensadores prácticos». Allí afirmó: «No se niega la necesidad de lo particular y práctico ni se condena lo útil de las artes mecánicas, a las cuales tanto les debe la vida cotidiana y sin las cuales sería imposible subsistir».

Retomado el tema en el Quinto Discurso, Newman apunta de nuevo a la utilidad implícita en el cultivo del entendimiento; el cual, en su estado presente y, salvo excepciones que no es del caso especificar, «no discierne la verdad en forma intuitiva y como un todo». El entendimiento lo hace por pasos y fragmentariamente, razón por la cual la Universidad acoge como deber suyo el prestar ayuda a sus estudiantes para discernir «de acuerdo con sus variadas capacidades» intelectuales.

«Pero aun prestantes personas -dice- son lentas para aceptar esto, e insisten en que la educación debería confinar sus miras en algo estrecho, pesable y medible. Arguyen como si todas las cosas y cada persona tuvieran precio, y que la inversión reclamara el debido retorno en especie. Confunden educación con instrucción ‘útil’, y la ‘utilidad’ se les convierte en consigna». «¿Cuál es el valor de la ‘liberal education’ en el mercado, supuesto que en definitiva nada enseña para el avance de las manufacturas, para el rendimiento de las tierras, para el progreso económico; ni hace de éste un abogado, del otro un ingeniero y de aquel un cirujano; y si la ‘liberal education’ ni siquiera contribuye al avance de la química, de la astronomía, de la geología, del magnetismo, o de cualquiera de las ciencias?».

Newman es consciente del debate que con Locke, a quien él refuta en su Discurso, tuvo origen en el siglo XVIII. Contemporáneo de Newman, Stuart Mill, a pesar de sus afinidades pragmáticas con Bentham, ha dicho: «Los hombres son hombres [personas] antes de ser abogados, médicos, comerciantes o industriales. Si se forman capaces y sensibles, serán después médicos y juristas capaces. El beneficio que el estudiante deriva de la Universidad, no es el conocimiento profesional sino

aquello que debe regir los conocimientos profesionales y arrojar luces de la cultura general sobre los tecnicismos específicos. Los hombres pueden ser juristas competentes sin educación general; pero de ésta depende hacer de ellos filósofos y no mentes que se limitan al atiborramiento de detalles de memoria. Vale también lo dicho para otros propósitos útiles, aun de lo mecánico. La educación hace de un hombre un zapatero, más inteligente si tal es su ocupación; ésto no lo logra si apenas se le enseña zapatería. La educación del artesano surge de los ejercicios mentales que estimulan el oficio, y de los hábitos que le imprime».

A mediados del siglo XIX es «agudo el debate» a este respecto. Son ya bien sugerentes la Revolución industrial y la conformación de las modernas empresas productivas, exigentes en arreglos laborales modificados y nuevos; y hace escuela, especialmente desde Alemania, la universidad investigativa. Se discute en Oxford y Cambridge, y se da el clima que prepara el nacimiento de las «civic institutions», universidades industriales, de la provincia inglesa. Tercia en la debate la economía política. Desde entonces se percibe el incipiente empeño, hoy tan extendido, de aplicarle a la educación la estrecha y econométrica fórmula del costo-beneficio.

Newman estaba al día y precisa su respuesta: «... una ‘liberal education’ es en verdad y plenamente útil aunque no sea una educación profesional. Una cosa es lo ‘bueno’, otra lo ‘útil’. Propongo entonces un principio que nos libere de ansiedades: mientras lo útil no siempre es bueno, lo bueno es siempre útil. Lo bueno es no sólo siempre bueno, sino productivo del bien; este es uno de sus atributos. Nada es excelente, bello, perfecto ni deseable por sí mismo, aunque su semejanza se desborda y difunde en derredor. El bien es prolífico; ... se comunica; excita primero nuestra admiración y amor; luego, nuestro deseo y gratitud ... Si, pues, la inteligencia es una porción nuestra tan excelente, y es tan excelente su cultivo; no sólo es hermoso, perfecto, admirable y noble en sí, sino que debe ser útil a quien lo posee y a quienes lo rodean en un sentido alto y verdadero; y no sólo útil en un sentido disminuido, mecánico y mercantil, sino como difusor del bien; es una bendición, un don o poder, un tesoro, primero para quien lo posee y, después, a través de él, para el mundo. Digo, entonces, que si la ‘liberal education’ es un bien, necesariamente es también útil». Como «la salud corporal; aunque de ella nada se derive, debe ser procurada».

«Si arguyo y arguiré contra el conocimiento científico y profesional como fin suficiente de la educación universitaria, no se deduzca que desprecio los estudios particulares, las artes, las vocaciones ni a aquellos que a ellas se dedican. Al decir

que las leyes o la medicina no son la meta única de un curso universitario, no infiero que la Universidad prescinda de enseñar medicina y leyes». Newman, en su fugaz rectorado, creó facultades profesionales y estímulos al estudio de las ciencias. Pero fundado en autoridades de su tiempo, reafirma que «el entrenamiento de la inteligencia, que es lo mejor para el individuo, lo capacita mejor en el desempeño de sus deberes con la sociedad». Newman no le vuelve la espalda a las necesidades de la persona ni a los problemas sociales, y los describe en el bellísimo aparte décimo de su Séptimo Discurso, perfecta estampa de sus más deseables servidores. ¿Pero entendería la deprimida y pobre clase irlandesa de esos años el elevado pensamiento de Newman sobre la utilidad?

Parece que Newman escribiera para nuestros días, cuando Universidades de noble solera espiritual optan por crearles a las sociedades personas de intelectiva alcurnia, laboriosamente generosas, no esclavas de las demandas del mercado laboral. Así las desea y selecciona, más para el trabajo tesonero que para los tasados requerimientos de un empleo, el más digno y complejo mundo de las empresas que se nutren de la sociedad del conocimiento. ¿De donde sino de una «liberal education», arguiría Newman, la creatividad y el espíritu de iniciativa que hoy se les exige a los estudiantes y a los profesionales servidores de la sociedad?

—El «*religious' knowledge*» es tema del Octavo Discurso. La «cultura intelectual -afirma Newman de entrada-, exaltable por sí misma, no sólo les aporta a los deberes sociales y activos sino también a la religión. Puede decirse que la mente educada es, en cierto sentido, religiosa; tiene ella lo que puede ser considerado como una religión personal, independiente del catolicismo» o de cualquiera otra religión. «Hay una religión de la razón» que si está bien ejercida, conduce la mente a la fe católica». «Religión filosófica», «religión intelectual», «religión personal» o relación personal con Dios aun sin autoridad interpuesta. «Religión de entusiasmo, de supersticiosa ignorancia, del arte de gobernar». Religión del belicoso o del civilizado. Religión del entendimiento cultivado, del filósofo, del 'scholar' y del 'gentleman'».

Manifestaciones de la religiosidad que Newman enumera y en donde «así esté presente la divina gracia, para decirlo en términos teológicos, no es sustituida la naturaleza ... que sigue su camino de acuerdo o contra la gracia, por ruta divergente o encontrada, o en proporción a sus propias imperfecciones pero atraída por el influjo que la gracia ejerce». En estas y otras estampas de «moral filosófica» subyacente o de iluminada religiosidad, señala Newman la voz de la conciencia que

aborrece el mal y abraza el bien, lo cual supone y a la mente le demuestra la existencia de una ley y del Legislador Supremo, aun en el caso del «godless intellectualisme» que también atesora «la idea de 'perfección moral'».

¿Podrá la Universidad, educadora y refinadora del entendimiento, cualquiera que ella sea, «mediante los varios instrumentos de enseñanza y entrenamiento a su alcance», no hacer efectivas sus acciones en cuanto relacionadas con la religión?

— En el IX Discurso declara Newman una vez más su «propósito de haber tratado de manera filosófica y práctica, más que teológica», el asunto de la educación universitaria, guiado más por el «sentido común y no bajo eclesiásticas prescripciones», y en forma que le es más familiar a la mente protestante.

Reconoce que «a él más que a ningún otro le fue laborioso y fatigante» hacerlo del modo dicho. Pero que consciente del motivo que lo ha traído a hablar ante una audiencia católica, debe recordar, primero, que «Hay tres temas de los cuales la razón humana se ocupa: Dios, la Naturaleza y el Hombre»; segundo, que aun dejado de lado el tema teológico, subsisten el físico, la ciencia que se estudia en el «libro de la naturaleza» y el social que es materia del «libro de hombre», las letras; y, tercero, que aun aceptado el «prejuicio» -vigente desde el siglo XVI y consagrado por los Enciclopedistas del XVIII- de separar las Ciencias de las Artes; ambas porciones del conocimiento se relacionan con la religión. Entra, entonces, Newman a precisar, en su Discurso, conclusivo los deberes de la Iglesia con el conocimiento humano.

— «Por supuesto -afirma-, en cuanto a la ciencia física no puede existir real colisión con el catolicismo. La naturaleza y la gracia, la razón y la revelación, vienen del mismo Autor Divino, y no pueden ser contradictorias», pese a las hostilidades bien conocidas en la historia entre teólogos y filósofos naturales. Causa también del «consanguíneo» enfrentamiento es el «método»: «la inducción es el instrumento de los físicos, y la deducción es sólo el instrumento de la teología». Una fue la Revelación que nos llegó transmitida por los apóstoles, y «el inferente método es sólo un instrumento y la autoridad eclesiástica es sólo la sanción». Pudieron unos revolucionar la historia, la química, la astronomía, pero «sólo Dios es el objeto de la Teología». «Los protestantes tratan la Escritura como tratan la naturaleza; asumen el texto sacro como si fuera una colección de fenómenos, de los cuales, inductivamente, cada cristiano pueda llegar a aquellas conclusiones religiosas que cada quien apruebe de acuerdo con sus propios juicios». De otra parte adicional, las

ciencias físicas sin duda que se ocupan de las obras materiales de Dios que le cantan su gloria, mas nada nos dicen éstas de la divina voluntad salvífica. «Las enseñanzas de las ciencias físicas y de la teología son simplemente distintas pero no divergentes».

— «Si, pues, la interposición de la Iglesia -prosigue discurriendo Newman- es necesaria en la escuela de las ciencias -las naturales como hoy decimos-, imperativamente se la exige en la otra porción de los temas de la 'liberal education', las letras hoy entendidas como las ciencias humanas y sociales. «Las letras se mantienen relacionadas con el Hombre como las ciencias con la Naturaleza». «El hombre es compuesto de cuerpo y alma; él piensa y actúa; tiene apetitos, pasiones, afectos, motivos y designios; a lo largo de su vida tiene la lucha entre deberes e inclinaciones; tiene un entendimiento fértil y capaz; está formado para vivir en sociedad, la cual le multiplica y diversifica en inagotables combinaciones sus personales características morales e intelectuales. Todo esto constituye su vida y de todo las letras son la expresión, en forma que las letras son para el conjunto humano algo así como la autobiografía para el individuo; es su vida y su existencia. Además, el hombre es un ser consciente, inteligente creativo y activo aun con prescindencia de la extraordinaria ayuda divina o de algún definido credo religioso; como a tal, como a ser en sí mismo, las letras lo representan; son la vida y existencia del ser 'natural', inocente o culpable».

«... mientras la Naturaleza física se mantiene fija en sus leyes, la Naturaleza moral y social tiene su propia voluntad, se autogobierna, y permanece en su estado original hasta que actúa. Nunca el hombre permanecerá en un mero estado de inocencia; seguro está de transgredir y su historia será la expresión de sus yerros, ya se trate de un pagano o un cristiano». Entonces, si comprometedor es el cultivo de las ciencias naturales porque se deja de lado el aspecto moral, en mayor peligro se encuentra el de las letras, llamadas a «persuadir más que a convencer» en cuanto deben formar parte de la «*University Education*», aunque hubiera sido muy sana la educación habida en los hogares. La universidad, sin ser un convento o seminario, llamada está a «formar hombres del mundo y para el mundo» y en «rumbo hacia el futuro».

4. LA TEOLOGÍA, UNA RAMA DEL CONOCIMIENTO

Competentes historiadores reconocen el significado corporativo primigenio de la *Universitas magistrorum et scholarium* agremiados, según el uso medieval, en torno al saber, si bien, desde épocas de raíz renacentista, por Universidad se

entendió el conocimiento universal -«*universal knowledge*»- circunscrito a las artes y las ciencias -«*arts and sciences*», «*Man and Nature*» en expresión ya citada de Newman-, con exclusión de Dios -«*God*».

Mas si de acuerdo con el sentir de su tiempo «Una Universidad profesa enseñar el conocimiento universal», por qué, se pregunta Newman en el Segundo Discurso, «el uso corriente de erigir universidades, sin provisión alguna de cátedras teológicas».

No ignoraba Newman el debate que desde Kant y Fichte y aun desde el Mosheim de Gotinga, a quien Newman cita como historiador de la universidad, venía instaurado contra la Facultas Theologica. «¿Le es consistente desde la lógica a una sede del saber llamarse Universidad, y al mismo tiempo suprimir la Teología del ámbito de los estudios? ¿Por qué sorprenderse que los católicos, desde el punto de vista de la razón y aun con prescindencia de la fe y el religioso deber, se manifiesten insatisfechos con instituciones que profesando ser Universidades, rehusen enseñar Teología, mientras ellos, en consecuencia, desean poseer establecimientos universitarios que resultan ser no sólo más cristianos sino aun más filosóficos en su contextura, y más amplios y profundos en sus provisiones?».

Recuérdese, según arriba lo dejamos consignado, que está naciendo en el siglo XIX el moderno movimiento de la Universidad Católica. Newman, gran teólogo, filósofo y buen entendedor de las ciencias profanas, es también capaz de percibir la inconveniencia e imposibilidad de crear facultades de teología en cuanta universidad existiera en su tiempo. Es comprensible que Newman aludía también a un componente curricular y aun así, hoy tomaría en cuenta que se ha reducido o desaparecido del lenguaje político el concepto de una Iglesia institucional, y que es envolvente el clima de pluralismo cultural y religioso que condiciona en gran manera las fuentes financieras oficiales y privadas que sustentan la política y la acción educativa.

Su argumento es de *principio*, y pasó entonces Newman a afirmar que «la Teología 'es' una ciencia, y muy importante». Si la Universidad, por su naturaleza, dice ser un sitio de instrucción donde se profesa el saber universal, síguese que al suprimir por principio la Teología es porque se la declara «tierra yerma para el conocimiento» o que en forma arbitraria, se la omite. En ambos casos es tanto como afirmar que «muy poco o nada se sabe del Ser Supremo» y que, por tanto, carecen de veraz fundamento las creencias religiosas individuales, y las denominaciones colectivas como las varias protestantes.

«Quizás se diga -avanza Newman- que hay variadas esferas del conocimiento: humano, divino, sensible, intelectual, y otras más, y que de tanta variedad cada Universidad escoge su propia línea. Contempla, se ocupa de un determinado orden, de una determinada plataforma del conocimiento». Vale decir, que cada universidad se determina sus propios límites. Entonces, si «vamos a limitar nuestra idea del conocimiento universitario -*University Knowledge*- por la evidencia de nuestros sentidos, ¿excluiremos la ética?; si por la intuición, ¿excluiremos la historia?; si por el testimonio, ¿excluiremos la metafísica?; si por el razonamiento abstracto, ¿excluiremos la física?». «¿Pero acaso el ser de Dios no nos es aportado en el testimonio, transmitido por la historia, inferido por el proceso inductivo, urgido por las sugerencias de nuestra conciencia? El ser de Dios es una verdad del orden natural como también del sobrenatural». «La palabra 'Dios' es ya una Teología por sí misma». Admita un Dios, y usted introduce, entre los objetos de su conocimiento, un hecho que circunda, encierra y absorbe todo lo concebible. Cómo podremos investigar cualquiera parte de cualquier orden del conocimiento y detener el paso en aquello que se hunde en todos los órdenes».

«Aceptado que la verdad divina difiere por su especie de la verdad humana, también éstas específicamente difieren entre sí. Si el conocimiento del Creador está en diferente orden del conocimiento de la creatura, de modo similar la ciencia metafísica está en un orden diferente de la física, la física de la historia, la historia de la ética. Y si usted comienza por mutilar lo divino, terminará fragmentando todo el círculo del conocimiento secular».

Estos argumentos en favor de la presencia teológica en la Universidad, afirma Newman, que proceden de la Teología Natural -«*Natural Theology*», mayor fuerza adquieren si se acepta la Revelación divina, ya sea que, como en la Iglesia Católica, se enseñe que «la fe es un acto intelectual, que su objeto es la verdad y que su resultado es conocimiento», o que se discuta si la fe es sólo «un sentimiento, una emoción, un afecto, una apetencia, ... un suplemento de la exigencia humana, ... una costumbre, ... un hábito...». De cualquier modo que sea, «la naturaleza humana no podría habérselas sin religión, tanto como sin pan ».

Al Hombre, en su vida individual y social, toda la Naturaleza le habla de Dios. «La doctrina religiosa es conocimiento, tanto como la doctrina de Newton». Aquélla, «importante verdad no admitida en nuestros días». «La enseñanza universitaria -'*University Teaching*'- sin Teología es '*unphilosophical*'». «La Teología tiene tanto derecho para reclamar su puesto en la Universidad como la Astronomía». «Su

omisión de la lista de las ciencias reconocidas no sólo es indefensible sino perjudicial a todas». La Teología le es tan necesaria a todas las ciencias como todas a la Teología. Mutuos aportes y relaciones a las cuales Newman les dedica, respectivamente, los Discursos III y IV.

— Explicita Newman lo primero ante la posición de quienes, sin necesariamente negar la existencia de Dios, dicen que «hay otras cosas en el mundo además del Ser Supremo» y que «su negocio es con ellas». Que «la creación no es el Creador». Que «la Teología y la ciencia humana son dos cosas, no una; que tienen sus respectivas provincias, afines quizás y emparentadas, pero no idénticas. Cuando contemplamos la tierra, no estamos contemplando el cielo...». «Objetos separados, separadamente han de ser tratados» como en la «división del trabajo». «Déjenos tomar nuestro camino, tomen ustedes el suyo. Enseñen ustedes Teología y no pretendan pronunciarse sobre la ciencia». Quizás previó Newman que corrido el tiempo se acusaría a la Teología de contaminar e impedir la *scholarship*.

Pero arguye: «La verdad es el objeto del conocimiento de cualquier especie; y si inquirimos por el significado de verdad, supongo ser correcto responder que verdad significa hechos y relaciones, tanto como en lógica los sujetos y los predicados». «El conocimiento forma un todo porque su objeto es uno; el universo, en todas sus dimensiones está de tal forma tejido, que no podemos separar una porción de otra, ni operación de operación, sino mediante abstracciones mentales. Así en cuanto al Creador de todo, aunque El, en su propio Ser, está infinitamente separado de la creación». «Las ciencias particulares son el resultado de abstracciones mentales». «Así como todas pertenecen al mismo círculo de objetos, todas son uno y se interconectan. Como aspectos de las cosas, son incompletas en sus relaciones con las cosas, aunque completas en su propia idea y sus respectivos propósitos; en ambos casos, las ciencias se necesitan y se sirven mutuamente». «En mi concepción de lo que es la Filosofía como una ciencia distinta», ella es, «en cierto sentido, una ciencia de las ciencias». La Teología, como «rama del conocimiento humano», «ciencia de la religión», de la relación de todo lo creado con el Creador, aporta a todas las ciencias restantes su luz y, por principio, es parte de la Universidad y de la educación universitaria.

— Pero, a su vez, tema del Cuarto Discurso, las ciencias enriquecen la Teología. «Si la Religión Revelada proporciona hechos que las otras ciencias no podrían alcanzar por ellas mismas», ... también es necesaria «la relación del conocimiento secular respecto al divino». Y ninguna puede ser suprimida de este concierto. «Si

a cualquiera de las ciencias se la extrae del círculo del conocimiento, es imposible conservar el espacio vacío; esa ciencia pasa a ser ignorada y las restantes se cierran, excediendo los propios derechos hacia dominios que no les pertenecen».

Y ¿qué si la ciencia de Dios fuera la suprimida? «Esto sería una pérdida para la Teología y perjuicio para las restantes». Ilustra Newman su pensamiento con el caso de las Bellas Artes. «Ministras de lo bello y de lo noble, son, como es bien sabido, servidoras y doncellas de la religión, pero también aptas para olvidar su función». Más las artes plásticas que las más abstractas como la música o la arquitectura. Para el caso, les es necesaria la conducción teológica. Análogamente, algo similar podría decirse de las disciplinas científicas, humanas y sociales: la biología, la historia, la economía política que en tiempos de Newman causaba tanto revuelo.

Los enfrentamientos con el saber teológico, más se deben a que sacado éste del lugar que le compete, otros lo ocupan sin legítimo derecho, al igual que la economía, la psicología, la sociología, la química y la biología, y otras varias disciplinas en la desarticulada Universidad contemporánea; cada una por su flanco, pretende interponerse como prisma único de análisis y comprensión del individuo y de la sociedad para imponerles sus respectivas y particulares éticas. Por ello el laudable propósito de establecer unidades académicas universitarias donde interdisciplinariamente las disciplinas se relacionen, en plano de igualdad, incluida la Teología, en ocasiones acomodada en su aislamiento conformista. ¿Qué pensaría hoy Newman de la insensata y naturalista impostura de la tecnología avanzada, útil, por supuesto, en sus diferentes manifestaciones: física, biológica y social?

5. EL MAESTRO Y LA PASTORAL UNIVERSITARIA

Indicamos arriba que que bajo el título editorial de *The Idea of a University* incluyó Newman algunos *University Subjects*. De estos extraigamos lo siguiente: La Universidad «es donde el profesor llega a ser elocuente, donde es misionero y predicador, desplegando su ciencia en la forma más persuasiva, derramándola con celo y entusiasmo y encendiendo su amor por la ciencia en el corazón de sus oyentes». Es donde el maestro «se gana la admiración del joven, por su brillo; e incita el afecto de los proyectos, por su asociación con ellos». «La Universidad es sede de la fe, Alma Mater de la generación que se levanta». La Universidad «es esto y mucho más, que requiere mejor mano y mente que la mía para bien describirla».

— Pues bien, hacia 1880 el rampante secularismo que afectó a las Universidades, alarmó a no pocas denominaciones religiosas en Estados Unidos. Apareció entonces el primer *Catholic Club* entre los estudiantes de la Universidad de Wisconsin, reconocido precursor de los *Newman Centers* para atender las inquietudes teológicas de estudiantes y profesores. Extendido el movimiento, fue imitado por las comunidades hebreas.

Es no muy lejana expresión de la *pastoral universitaria* que, si sacramental o asistida por la dirección espiritual e intelectual o por la asesoría psicológica; o si expresada en acciones comunitarias en favor de las clases desprotegidas, no puede dejar de ser, de acuerdo con el pensamiento educativo de Newman, una vigorosa y honda *pastoral de la inteligencia*.